



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Nuevas fronteras de Occidente

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (1998). Nuevas fronteras de Occidente. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 17-23.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## NUEVAS FRONTERAS DE OCCIDENTE

Por *Arrigo LEVI*  
PRIMER VICEPRESIDENTE,  
SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

**L**ES TENGO QUE CONFESAR que he empezado a trabajar, a pensar en este texto, hace unos diez días en Moscú. Naturalmente, tenía ya una idea embrionaria acerca de cómo desarrollar mi reflexión sobre el tema que se me había indicado, que se había elegido, y que era el de las nuevas fronteras de Occidente en la era global, y debo decirles que en un primer momento había pensado centrar mis reflexiones sobre las nuevas fronteras de Occidente en Europa y América Latina, la cual pertenece también un poco a mi historia personal. Mi visita a Moscú, creo la quinta o la sexta desde la caída del comunismo (y aquí hago un inciso personal), coronaba un año de trabajo para un programa de televisión que se proyectará próximamente en Italia sobre el último siglo de historia rusa.

Así pues, estaba en Moscú pensando en este tema pero con mi cabeza todavía llena con aquellas imágenes de cien años de historia rusa, empezando con las de la coronación de Nicolás II, hace cien años, en 1896, pero también con otras imágenes entre las cuales quizá la más impresionante era la de un gran desfile que se celebró en el Campo de Marte de San Petersburgo con motivo de la visita oficial del presidente francés Raymond Poincaré. Un desfile histórico porque había tenido lugar a finales de agosto, el día, creo y no querría equivocarme, 24, 25 o 26 de agosto de 1914. El día antes de la declaración de guerra por parte de Austria a Serbia y a menos de una semana de la declaración de guerra de Prusia al Imperio Ruso, que señaló el verdadero inicio de la Gran Guerra. Por lo tanto, esta imagen, este gran desfile presidido por el zar montado en un hermoso caballo, pertenecía al mismo día en que empezó la gran laceración del Occidente, o más bien el primer gran desgarramiento nacional e ideológico de Europa y del Occidente, que había provocado esta gran Guerra y sus holocaustos.

Estaba en Moscú, reflexionaba, mirando a través de mi ventana la gran puerta de entrada a la Plaza Roja que había sido derribada por Stalin para permitir el paso de los tanques y reconstruida hace uno o dos años y en la que se pueden ver las águilas del imperio. A la derecha veía, algo más lejos, las impresionantes cúpulas doradas de la gran catedral de Cristo Redentor, también demolida por Stalin para construir el gran "monumento", la sede del Partido (partido que no fue nunca tal porque eran los únicos, fuertes, depositarios del poder, en realidad no existían otros partidos) y reconstruida ahora de una manera imponente. Contemplaba todo esto y más cerca, frente a mí, el gran monumento del mariscal Zukov, vencedor del nazismo, de espaldas al Kremlin al cual había salvado. Pero no había salvado sólo al Kremlin; hay que decir que Rusia había salvado al Occidente (no el comunismo, el comunismo se ha destruido a sí mismo), él había salvado al Occidente.

Entonces me pregunté dónde me encontraba. Evidentemente estaba en Occidente, seguro, y sin embargo, aquellos edificios que tenía enfrente, con su arquitectura mezcla de Renacimiento y Oriente, me decían que estaba en una frontera del Occidente (y la relación que ha expuesto mi amigo Galasso esta mañana nos ha recordado que Rusia había sido una de las fronteras del Occidente con Asia) pero ¿qué tipo de frontera?, ¿una frontera geográfica como algunos han indicado? Sí, ciertamente, pero también pienso que se trataba de una frontera interior del Occidente; no solamente una ventana abierta fatalmente hacia Asia; diría más bien una frontera, una ventana —para usar las palabras de Pedro I el Grande refiriéndose a San Petersburgo— abierta hacia Occidente.

Yo pensaba que estaba allí y que Moscú era una ventana abierta hacia la complicada, y llena de contradicciones, civilización occidental, y me interrogué: ¿las verdaderas fronteras de Occidente en esta época son aquéllas hacia el mundo exterior, hacia el mundo entero, hacia las otras civilizaciones que han existido en el planeta? o ¿las fronteras más importantes, las verdaderas fronteras, son aquéllas entreabiertas hacia la profundidad de nuestra alma, de nuestra rica, complicada, contradictoria identidad occidental? Pensando que habría de comunicar esta reflexión, embrionaria, lo admito, en España en ocasión de un encuentro cuyo tema principal era el de las relaciones entre América y Europa y mucho más naturalmente para mí entre América Latina y Europa, me sentí estimulado a seguir la línea de pensamiento siguiente: las fronteras de Occidente como fronteras interiores. Porque cada uno de nosotros tiene su historia

personal y en la mía se incluyen años fundamentales, entre los dieciséis y los veinte años de edad, vividos en Buenos Aires, años de viejos recuerdos y, sobre todo, de estudios en español sobre cultura y literatura española e hispanoamericana, y no me cabe la menor duda de que América Latina, aun teniendo tradiciones lejanas diferentes, una riqueza adicional de tradiciones como nuestro amigo Zea nos ha indicado, sea parte de la gran historia del Occidente al igual que Rusia; pero tengo que admitir que cuando me encuentro en Buenos Aires o en Río de Janeiro experimento la misma sensación de estar en las fronteras de Occidente que cuando estoy en Moscú. Yo añadiría también, pero ya en otra dirección, que lo mismo siento cuando me encuentro en Jerusalén.

Quiero finalmente decir, intentando dar una forma concreta, la forma inmóvil de las palabras a este pensamiento tan impreciso, tan embrionario, quizá un poco incoherente si ustedes quieren, que los desafíos que llegan al Occidente desde el exterior en esta era global son quizá mucho menos importantes, menos cargados de peligros o de esperanzas, que los desafíos procedentes del interior de nuestro mundo occidental; y que éstos son tal vez más claros, más evidentes para nosotros cuando reflexionamos acerca de este tema encontrándonos en una región de frontera geográfica del Occidente en el sentido de la ubicación, o sea, en una de las zonas más alejadas del centro geográfico de la tradición, de la cultura y de la historia de Occidente, centro que debe encontrarse en algún lugar del corazón de la vieja Europa, no sé exactamente dónde, quizá en Segovia, depende de la ventana desde donde se mire este corazón de Europa. En realidad, incluso los Estados Unidos son, a mi parecer, una frontera, si bien la más avanzada, de nuestra civilización occidental.

Es entonces que me pregunto y me he preguntado ¿cuáles son —y lo he hecho, por decirlo así, con Moscú y Buenos Aires en mi corazón— las fronteras interiores del Occidente? Son aquellas, me parece, desde donde llegan los desafíos fundamentales. Y aquí se ha hablado ya de estos desafíos llegados del interior de la propia sociedad europea y de la Unión Europea, los más importantes, los más difíciles, los que van a decidir finalmente, independientemente de la respuesta que nosotros habremos dado —y somos nosotros quienes deberemos darla—, que serán decisivos para decirnos si hemos sabido dominar los desafíos del exterior y los de nuestra era, la era nuclear, porque estos desafíos últimos serán dominados, controlados, solamente si sabemos resolver por nosotros mismos los

problemas interiores de la cultura occidental. Yo no estoy absolutamente de acuerdo con el profesor Huntington cuando él imagina la historia de la era global como una historia basada sobre un *clash of civilizations*, entre la civilización occidental en el sentido más limitado del término y las otras civilizaciones entre las cuales incluye China, Japón, India, África, Islam si recuerdo bien, y otras de forma indefinida y poco clara. No es esto, no es este desafío exterior lo que me preocupa sino lo que llega del interior de nuestra civilización. No es este *clash of civilizations* lo que decidirá el futuro, la historia del nuevo siglo, el destino de la Humanidad en este momento en que corre tantos riesgos, en la era nuclear; no, no es eso, es sobre todo la manera en que la civilización occidental, de la que me siento tan orgulloso, con toda la riqueza de sus orígenes que continúo considerando como la vanguardia de la historia de la civilización humana desde hace algunos siglos, es la manera en que nuestra civilización sabrá responder a los desafíos que llegan ya y a los que llegarán desde nuestras fronteras interiores, con nuestros problemas.

Pero ¿dónde se encuentran estas fronteras interiores? Se encuentran, creo, y recuerdo lo que tiempo atrás decía Galasso sobre la "mala" Europa (existe una buena y una mala), en nuestro pasado. El comunismo y el nazismo —debemos admitirlo— forman parte de la historia occidental, pertenecen a *nuestra* historia occidental, no a otra historia; tenemos, por consiguiente, que asumir esta responsabilidad. Así pues, estas fronteras interiores se colocan, se ubican, en la línea que separa nuestros ideales, los ideales que definen el sentido profundo de nuestra civilización, la identidad profunda del alma europea y occidental, y la realidad histórica, la realidad que hasta el presente hemos conseguido edificar: entre nuestro pasado y nuestro porvenir. Estos ideales, y ahora les hablo como representante de la Sociedad Europea de Cultura y de sus ideas, estos ideales son aquellos en los que nuestra Sociedad Europea de Cultura continúa inspirándose desde su creación. Se han definido, perfilado, viejos ideales pero siempre vigentes, construidos alrededor de una cierta idea del hombre: nuestra filosofía de lo universal, recuérdelo. Pero el hombre no es una u otra ideología, uno u otro Estado, una u otra fe religiosa, una u otra institución en el centro de la historia; al centro de la historia, nosotros colocamos al hombre y teniendo al hombre en el centro de nuestro pensamiento, queremos construir aquí una sociedad global sin ignorar absolutamente las diferencias que existen entre las diversas tradiciones nacionales, culturales, entre unas y otras herencias culturales, repito,

queremos edificar una sociedad global en la que los Estados consigan someter su razón, la Razón de Estado, con la *r* mayúscula, como se escribe normalmente, a la razón del hombre (en este caso se escribe con minúscula cuando tendría que ser al revés, la razón de Estado es una pequeña razón, la Razón del hombre son grandes razones). Una sociedad en la que los Estados tendrán que aprender a supeditar sus poderes y funciones a los de una cierta forma de institución universal: era exactamente esto lo que Campagnolo predicó. Él no predicó cosas pequeñas, predicó una revolución global, una visión universal que pudiera liberar a las futuras generaciones de una pesadilla, la pesadilla real de una guerra nuclear que comprometería la supervivencia de toda la Humanidad. Pero si bien este llamamiento a la paz es nuestro supremo ideal, tenemos también otros cuyo objetivo sería en realidad la premisa, la precondición de una paz universal, y me refiero, teniendo a América Latina y Rusia en mi corazón, a los ideales de fraternidad, libertad e igualdad entre los hombres de cada sociedad; sabiendo lo que Kant conocía hace ya siglos, que una paz universal, una paz eterna sólo se logrará, se podrá lograr, cuando existan repúblicas, es decir, Estados democráticos en todas partes. Únicamente la república, la libre democracia, diríamos nosotros, será la que podría conseguir un estado universal de paz, una condición universal de paz al ser la democracia una sociedad que por su propia naturaleza se funda no sólo en la libertad sino también en la justicia y el bienestar de todos sus miembros. Democracias sin justicia, sin justicia social, como decimos nosotros, son demasiado imperfectas para poder definirse como verdaderas democracias. Y mientras existan Estados, hasta que los Estados sean las instituciones básicas de la sociedad internacional, un Estado que no se preocupa del bienestar de sus vecinos —y todos los Estados del mundo son hoy en día nuestros vecinos—, no tiene el derecho de llamarse verdaderamente democrático.

He aquí el motivo por el que el progreso obtenido en estos últimos años por los principales países de América Latina y por las nuevas democracias de la Europa Central y Oriental hacia la construcción de sociedades al mismo tiempo más justas, más libres, más democráticas, más ricas, concierne directamente a nuestros países democráticos de la vieja Europa, a los miembros de la Unión Europea: sus éxitos son y serán nuestros éxitos, sus fracasos son y serán nuestros fracasos. Nosotros, los países que a pesar de nuestros numerosos problemas gozamos de más bienestar y estabilidad política, tenemos el deber (y es en nuestro propio interés)

de no encerrarnos en nosotros mismos, lo que significa, entre otras cosas, no cerrar nuestras fronteras. Una pequeña cosa pero muy importante es abrir nuestras fronteras a sus productos y establecer vínculos institucionales más estrechos y basados en el principio de la igualdad entre los viejos países de la Unión Europea, entre nosotros y ellos. Yo sé perfectamente que en el seno de la Unión Europea hay algunos países que son más sensibles, que tienen sus ojos puestos en la Europa Central y Occidental y otros, éste es el caso de España, están más volcados hacia las nuevas democracias de América Latina. Pienso que Italia y España unidas podrán hacer valer con más éxito en el seno de la Unión Europea las razones de América Latina en particular. Pienso también que cuando la Unión haya franqueado la frontera de la moneda única, y personalmente estoy convencido de que la franqueará muy pronto, en la fecha establecida (y estoy dispuesto a aceptar apuestas), encontrará en sí misma las energías para desarrollar una política más eficaz y más atenta hacia las nuevas democracias. Creo que la moneda única podrá llegar a ser el nuevo "elemento federativo" de una Europa más unida, habiendo perdido los antiguos "elementos" (Stalin fue un viejo "elemento federativo exterior" de la Europa unida que afortunadamente hemos perdido), nosotros necesitamos "elementos federativos interiores" más importantes.

Permítanme volver, para concluir, a mis sensaciones, mis recuerdos, mis sentimientos latinoamericanos que la vista del Kremlin desde la ventana de mi habitación del Hotel Nacional, había despertado. Cuando pienso en estos países-frontera del Occidente, veo en ellos inmensas reservas de vitalidad, de ambición ideal, de capacidad para soñar. Veo, o quiero ver en ellos más juventud, cualidad que puede enriquecernos a todos y ayudarnos a traspasar juntos, con paso más seguro, la difícil frontera de nuestro futuro. Me reaffirmo en esta seguridad tras estos días pasados en España. Quiero decirles, queridos amigos españoles, que cada vez que visito este país, que siento un poco también mío —confieso que el español es la única lengua, aparte del italiano, en la que sueño, y que he soñado en español y no en italiano durante años—, recuerdo una imagen de España, la primera vez que atravesé vuestras fronteras camino de América Latina en el lejano 1942, hace cincuenta y cinco años. Es la imagen de una España terriblemente pobre, herida por la guerra civil, un viejo país (pocos de ustedes recuerdan lo que era realmente), imagen que he encontrado después de la guerra, visitando cada tanto la España de Franco, que yo comparaba a una

bella durmiente en espera de ser besada por un príncipe que la despertara y le devolviera toda aquella vitalidad de la que yo era muy consciente por mi lejana cultura española; y recuerdo también los primeros años, los primeros tiempos tras el despertar de esta bella durmiente, como momentos casi embriagadores, entre los más bellos de mi vida, por la riqueza, la lengua, la vitalidad que recorría el gran país que encontramos ahora tras ser besado por el príncipe de la democracia, con el beso que lo había devuelto a la democracia. A causa de mi historia personal esos momentos traían a mi memoria la Italia de 1946, cuando regresé de América Latina, y me hallé ante un país muy pobre, enfermo, con muchas ruinas y problemas pero con mucha esperanza, vitalidad, juventud, con ganas de hacer; este recuerdo me invade cada vez que vuelvo a España. Yo pienso que los nuevos miembros de nuestra gran comunidad occidental, estos miembros reencontrados de nuestra gran comunidad democrática, los países de América Latina, los de la Europa Central y Oriental y la gran Rusia, darán y podrán dar una contribución fundamental al desarrollo de nuestra civilización, de la civilización de lo universal que es lo esencial de la civilización occidental. Hay otras Italias, otras Españas, que van a ampliar las fronteras interiores y exteriores del Occidente y que podrán enriquecer y renovar nuestros viejos ideales. Nosotros las esperamos con el alma llena de esperanza y les daremos la más calurosa bienvenida, confiando que Occidente sea un modelo de paz y de estabilidad, que pueda dar a la sociedad global en la era nuclear una garantía de estabilidad y de paz. Si franqueamos con valentía, con imaginación, nuestras fronteras interiores, estoy convencido de que podremos mirar más allá de nuestras fronteras exteriores y afrontar los desafíos, que seguramente no faltarán, con plena confianza en nuestra capacidad de ser, finalmente, dueños de nuestro futuro y no los esclavos de nuestra historia.

*Traducción del italiano de Luisa Ibáñez Pelechá*